

La presión sobre la memoria

Gabriela Cantú Westendarp

*I live for something practical
—the case of memory—.*

Jerome Rothenberg

EN NUEVE CAPÍTULOOS DULCE MARÍA GONZÁLEZ hace su nueva entrega literaria, Encuentro con Antonio, editada por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Nuevo León, en 2006. En este viaje que es la novela el lector se dilata, acaso como la protagonista, quien dice dilatarse hacia las frases que pronuncia ante el espejo.

Desde un principio, González habilita un conducto por donde fluyen las emociones. El tacto, el olfato, el gusto, la vista se agrandan, se agudizan; todos los sentidos son provocados en el momento justo en que se van formando las imágenes que construyen la historia. Entre líneas se nos van apareciendo las partes del cuerpo, seductor, único, acantilado por el que nos dejamos caer.

A través de un lenguaje que roza lo poético, las palabras se conectan unas a otras formando en algunos fragmentos una cadena de sonidos dulces al oído.

Mónica aproximó la mano, detuvo el impulso a mitad del camino. Una amplitud insondable asomaba en el cuerpo de Román. La mañana era un viento desconocido, una sustancia desconocida, una ferocidad. La mañana era una loba y se abría camino. Avanzaba extensiones vastas, regiones donde ninguno de ellos poseía identidad. El cuerpo de Román era todos los cuerpos. Cuerpo sin palabras y sin atributos, cuerpo nacido y muerto muchas veces. El cuerpo vivo de los ancestros, de los inmortales, del hijo que perderían.

La protagonista se busca en el espejo, nosotros los lectores creemos ver su imagen, pero Mónica es más de lo que el ojo interno capta en las primeras hojas. La autora nos la va dando a pedacitos. El poder de la seducción: primero le vemos los ojos, una parte del rostro, luego nos presenta la curvatura de las piernas, la toma de pronto salta hacia arriba y le vemos parte de un seno y el hombro izquierdo, y luego hay un *close up* en el vientre, su ombligo, después la cúspide cuando la cadera y el pubis, más delante el cuerpo completo.

Mónica, actriz de profesión, se inventa y reinventa a través de la fuga, hacia fuera, hacia lo más lejos que en verdad es adentro, muy adentro. El espejo es el túnel del tiempo, es también su contacto con el presente. De ahí empieza el tejido. La autora toma la aguja, la clava y nosotros como el hilo nos dejamos llevar: ahí estamos en el túnel, en la oscuridad con lámpara en mano, con el nudo en la garganta.

Estoy perdido, dice, y son los ojos de Antonio, cerrados porque apenas lo han tomado de entre sus piernas para recostarlo en su pecho. Bajo la lámpara del quirófano Antonio es un sol, un trozo de carne en su caja de muerto donde ya no está y sin embargo el útero, la posibilidad de otra carne creciendo en su carne, una niña quizá, una Lorena para tejer el puente de araña tejedora y que caiga su red donde infinita, extraviada de amor cuando va sola en el carro y sabe que también va sola en la vida, en la Iglesia de la Natividad, en la nave del tiempo donde avanza.

La protagonista se pasea entre la vigilia y el sueño. A través de la memoria intenta hacerse de nuevo. Así, en el soñar despierta de Mónica la autora nos va presentando

los personajes, lo que Mónica relaciona de ellos y lo que confunde y funde. Y para lograr esto, entre otras cosas, hay una violación del espacio y del tiempo. En momentos hay una superposición de imágenes, de manera que el lector, de pronto, asegura estar en dos lugares y tiempos simultáneamente. Sí, el lector también viaja a través del espejo, a través del túnel del tiempo.

La mañana se cuela entre su ropa. Es un aire frío, delgado. Se dirige a la tienda y no piensa. Sólo camina contra ese viento que le reseca los ojos. Bajo el cielo de Monterrey y en las veredas de este

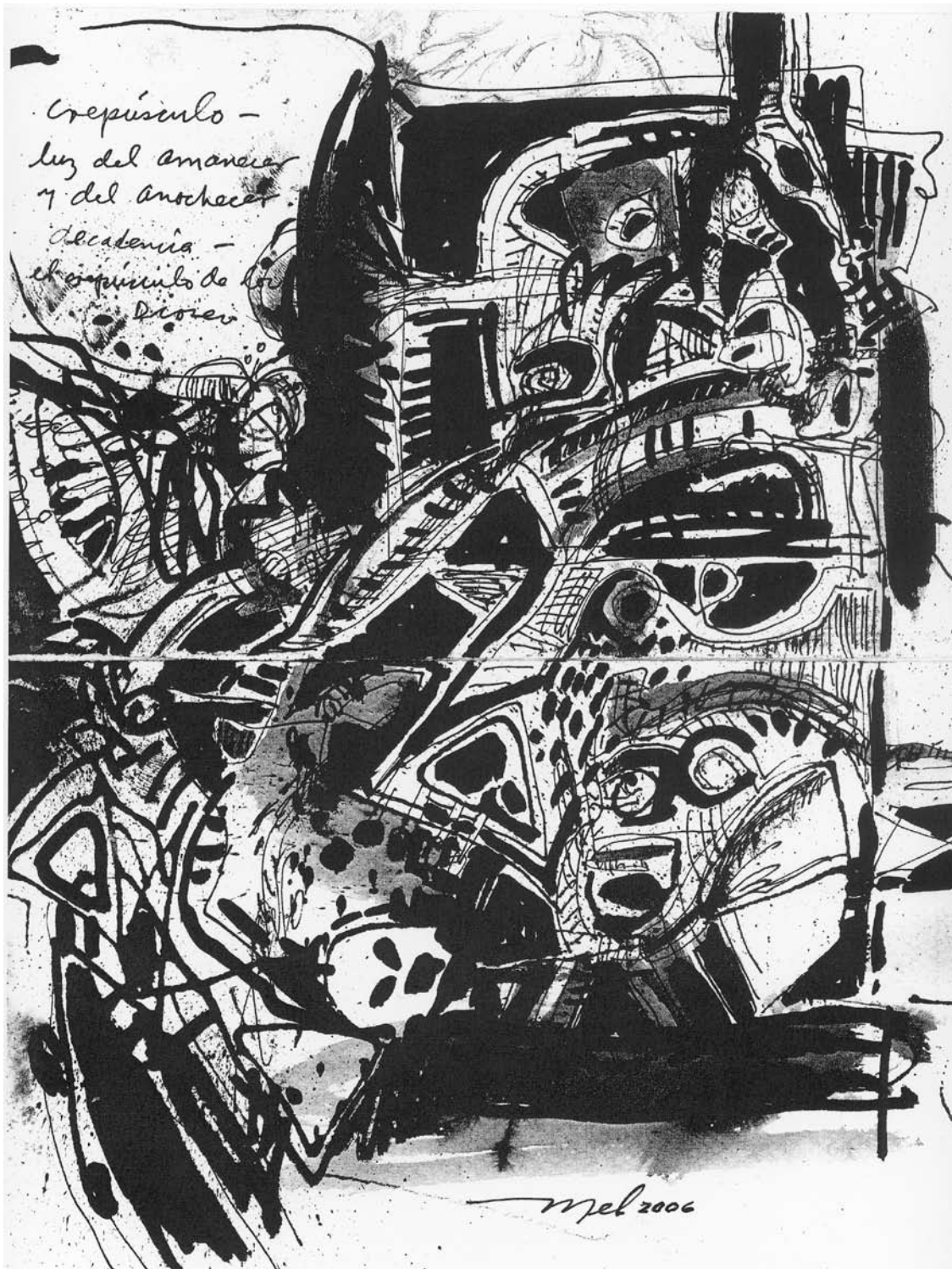
Moshav silencioso. Largos tramos de plantaciones y de pronto una casa, más árboles, los edificios de la universidad a lo lejos.

Al llegar saluda a la mujer que dormita tras la caja y se pone a husmear entre la fruta seca. Aprovechando el descuido de la señora, toma un dátil y se lo lleva a los labios. Hay un sabor a navidad en su boca, sabor a la cena de navidad que en esta tierra no existe. Ni adornos ni luces ni santocloses en ninguna parte. Israel es una isla en medio del mundo, una extrañeza y quizá por eso le viene el deseo de Román.

Ósip Mandelstam cuando dice de Dante y su *Comedia* nos invita —haciendo caso omiso de la imposibilidad técnica— a

imaginarnos un avión que en pleno vuelo fabricara y lanzara otra máquina voladora. Esta máquina voladora, aunque ocupada de su propio movimiento, logrará ensamblar y lanzar una tercera máquina y así sucesivamente. Me permito aplicar su brillante imagen a la estructura de este *Encuentro con Antonio*: supongamos que la nave primera o la nave madre en esta novela es la imagen de Mónica en el espejo y teniendo esa nave en movimiento se lanza otra nave a la cama donde Mónica recuerda que está viva mientras Román sale del baño; de ahí otra máquina voladora más se lanza hacia el departamento donde vive con Khaled en Tel Aviv; de ahí otra más es lanzada a donde vive su amiga Laura; y de ahí otra al hospital donde yace su hijo muerto. Cada una de estas naves sigue su trayectoria, pero todas tienen su origen y convergencia en el reflejo de Mónica frente al espejo, en otras palabras, en la nave madre.

Esta cadena de recuerdos que se entrelazan y a veces se



empalman en la mente de la protagonista nos hace pensar en el proceso creativo. En este sentido dice T. S. Eliot: “la mente del poeta es, de hecho, una vasija de acopio y almacenamiento de innumerables sentimientos, frases, imágenes que permanecen latentes hasta que todas las partículas logran unirse para formar un nuevo compuesto. Pero lo que cuenta no es la grandeza, la intensidad de las emociones, sus componentes, sino la intensidad del proceso artístico, la presión, por así decirlo, bajo la cual ocurre la fusión”.

Como lectores desconocemos el proceso que siguió Dulce María González para lograr la historia. Lo podemos suponer, imaginar, relacionar con su biografía, pero al final sería sólo un dato adicional e impreciso que quedaría fuera de la obra. En realidad lo que tenemos es el resultado: el texto mismo. Ahí en lo escrito podemos reconocer diversos recursos empleados, ya decíamos, del ritmo, de los pedazos del cuerpo, del lenguaje poético, de la superposición de las imágenes. Pero hay en la médula de esta narración un proceso que resulta fascinante, de pronto somos testigos del cómo se va creando en una mente ajena. Porque Mónica, recordemos, es ante todo una artista, una actriz que crea sus personajes y nos cautiva al hacerlo. De su vasija de acopio van saliendo los recuerdos, van fusionándose las ideas y ya vemos el diseño que logra en el tejido. Pero cuál es el motor, qué es lo que presiona a Mónica a crear y recrear (atendiendo al novel norteamericano-inglés): es el dolor

por la muerte de su hijo la presión bajo la cual se produce la obra.

Mónica emprende una batalla contra el olvido, piensa que si recuerda las cosas no se le escapan; no quiere que se borren las imágenes, por eso permanece tanto tiempo frente al espejo en este viaje. Pero en ese intento, ya lo decíamos, lo reconstruye todo a su antojo y es tan grande su poder creativo que de ahí, de su mente, de esa memoria que se inventa, ha resucitado a su hijo Antonio. Y ya el dolor se convierte en culpa, ella, en el cordero listo para ser quemado: “La noche anterior la golpeó de nuevo. Mónica piensa que quizá lo merece por haber permitido que muriera. Por algún motivo vino a caer a Israel, acaso para encontrarse con este hijo que la odia”.

Una buena novela es como un viaje, el viajero no quiere que termine. Pero si se sigue la lectura en este *Encuentro con Antonio* inevitablemente se llegará a la última página. En el punto final podemos decir: hemos llegado a puerto seguro, y en ese justo momento nos preguntamos: ¿habrá llegado también Mónica, ahora que se despide de su imagen en el espejo y se va a su ensayo?•

GABRIELA CANTÚ WESTENDARP es licenciada en estudios internacionales por la UDEM. Ha colaborado como periodista en televisoras locales y nacionales. Becaria del Centro de Escritores de Nuevo León, ha publicado los poemarios *Tejidos del tiempo* (Conarte / Verdehalago, 2003) y *El efecto* (Conarte, 2006).